



© FN, SINAFO-INAH, Conaculta, México, inv. 228759

# Aunque han pasado los años, nunca ha pasado aquel día\*

Raúl de la Rosa\*\*

**Convocar, reclutar, organizar y capacitar a miles de personas** de las más diversas profesiones, oficios y talentos en un proyecto común constituyó un *plan maestro* que permitiera diseñar y construir el gran espacio que albergaría los acervos arqueológicos y etnográficos más relevantes del país. Para lograrlo se trabajó a tambor batiente durante 19 meses, con la fecha de su inauguración marcada para el 17 de septiembre de 1964. Sin embargo, cuatro semanas antes el ambiente estaba cargado de emoción y tensión, pues la nueva sede del Museo Nacional de Antropología aún no estaba terminada.

Las salas de arqueología y etnografía se encontraban llenas de materiales de construcción y cientos de trabajadores: tanto los que colocaban los pisos de *parquet*, como los que, entre ruidos ensordecedores de las pistolas, “taqueteaban” las lozas que sostendrían los plafones. En medio de este barullo se pintaban los murales de todas las salas. Carpinteros y electricistas trabajaban al lado de arquitectos y museógrafos, que pieza por pieza las iban colocando en sus bases o en sus vitrinas virtuales, ya que ninguna tenía vidrios aún.

Una de las anécdotas, entre miles más, fue cuando se desempacaron las piezas de la Sala Mexica. Como no estaban listas las vitrinas, varios nos quedamos a dormir esa noche en el lugar, cada quien en custodia de una pieza. Los que allí laborábamos vivíamos prácticamente en el museo, apenas para salir a bañarse y cambiarse de ropa. Hubo el caso de un muralista que, ante la angustia de no terminar, instaló una hamaca allí, al lado, para poder dormir. En la fotografía que encabeza este texto se ve que el patio principal se hallaba repleto de escombros. Uno de los policías que recorría en la madrugada el museo inventó una historia: por la noche la

Coatlicue “se salía” de la Sala Mexica para ir a buscar a Tláloc, atado con cables de acero afuera del museo para que no escapara. Como al amanecer la Coatlicue se convertía de nuevo en piedra, ese día el amanecer la sorprendió en el patio del museo... Y allí se quedó: inmóvil.

En la madrugada del 17 de septiembre, el día de su apertura, se retiraron las montañas de escombros que iban saliendo de las salas, mientras una fila de camiones del ejército traía rollos de pasto y flores que iban colocando en los macetones al tiempo que retiraban los escombros. En cuestión de horas, y momentos antes de la inauguración, el nuevo museo lucía impresionante y reluciente. No faltaron los murmullos cargados de ironía. Por ejemplo, se dijo que conforme la comitiva que acompañaba al presidente Adolfo López Mateos iba recorriendo el museo, salas adelante varios trabajadores iban retocando los detalles y pintando paredes. Tales comentarios no estuvieron muy alejados de la realidad.

Aquel sorprendente ejército, integrado por las más diversas profesiones (arqueólogos, antropólogos, etnólogos, museógrafos, arquitectos, escultores, pintores, trabajadores de la construcción, ingenieros, canteros, herreros y decenas más de oficios), trabajó como un solo y maravilloso equipo que en tan sólo 19 meses construyó el recinto, tal como lo conocemos ahora. A lo largo de sus 50 años de historia el Museo Nacional de Antropología ha sido recorrido por millones de visitantes y en la actualidad es considerado uno de los más importantes del mundo ✚

\* Título tomado de un verso de *La Ixhuateca*, de Andrés Henestrosa.

\*\* Promotor cultural